

ILUSION, DISTENSION, CONFUSION, COMPLICACION
Y COOPERACION: EL MOMENTO INTERNACIONAL
EN EL PRIMER BIMESTRE DE 1973

I

Creemos, cada vez con mayor firmeza, en el «mito de la aceleración de la Historia». Acontecimientos, cambios, e incluso sorpresas, que hace un siglo necesitaban varios decenios para madurar y provocarse, ahora «estallan» casi súbitamente, aunque el periodo de preparación —íbamos a escribir incubación porque suelen ser peligrosos y propagables— sea reconocible por quienes siguen con interés la actualidad mundial, sin detenerse ante sus superficialidades. Lo esperado, cuando llega, es más precipitado de lo que parece, visto con espíritu de lejanía, y no de impaciencia. Lo inesperado, también es rápido, sobre todo para el voluntariamente distraído o el incorregiblemente optimista. Vivimos una época kali, recargada de explosiones internacionales (la clásica palabra «crisis» ha hecho crisis, a fuerza de prodigarse hasta perder el viejo alcance de excepcionalidad) encadenadas entre sí. No se trata sólo de la supervivencia, por ruptura o inercia repulsiva en nuestros días, de los viejos espectáculos de épocas superadas (en la bahía de Algeciras, la concentración de la flota británica en maniobras, ha repetido el viejo show, que pudo impresionar a nuestros padres, y que a nosotros, aparte de indignarnos y motivar una protesta, no nos impide seguir laborando por el desarrollo industrial del Campo). Se trata de novedades —en el sentido relativo de esta palabra en el siglo XX— que suelen constituir la última fase de un anterior problema, o su derivación hacia nuevos problemas. Tantas y tan serias son las preocupaciones de la Humanidad, que los conductores de las organizaciones y Poderes que la integran —con fácil eco en sus mares— a la vez que buscan afanosamente fórmulas de solución, o al menos de alivio —porque las de prevención futura parecen demasiado difíciles— se animan a sí mismos, y animan a sus

pueblos, alumbrando de vez en cuando, y con el menor pretexto utilizable, esperanzas bonancibles de tiempos mejores. Otras ilusiones más exageradas quedan para los teorizantes y los propagandistas. Los primeros son libres de anunciar de vez en cuando alguna goldenzeit más o menos próxima: la Civilización de la Técnica —palabra en trance de desacreditarse por su abusivo empleo— del Bienestar, de la Cultura, del Ocio, etc. Con mayor modestia nos limitaríamos a soñar en la época de la Cooperación Internacional —indispensable a la supervivencia: cooperar o desaparecer— si el panorama internacional, a la vez que acelera y complica el curso de sus acontecimientos no evocara con alarmante regularidad la famosa tela de Penélope, con la agravante de que un solo estallido puede destejer fulminantemente muchos años de paciente esfuerzo constructivo. La pintoresca «guerra del foot-ball» acogió al meritorio funcionamiento de la ADECA. Una disputa entre la Liga Awami y los gobernantes de Karachi —agriada— acabó en la guerra que deshizo al Pakistán, tal como había nacido y vivido. No mucho antes, el paso por el estrecho de Tirán, llevó a la guerra de los Seis Días, más decisiva que la de los Treinta Años, por la destrucción de un equilibrio regional que, inestable y todo, amenazaba menos la paz mundial que el actual panorama del llamado Oriente, Próximo o Medio. Hasta los fenómenos prometedores se tornan fácilmente de signo: cuando los dos Yemen, acuerdan fusionarse, estallan acres complicaciones entre ellos. Si, necesitamos narcotizarnos con la ilusión de que el Mundo va a mejorar —es decir que no va a empeorar— y como los recursos de la inventiva diplomática y estratégica son pobres, acudimos a los de épocas superadas: programas, promesas, planes, conferencias, tratados. Sólo que simultaneando el trabajo pro-paz con los preparativos anti-paz, y con las consumaciones violentas. Ya no es posible que nadie crea nada, sin reservas mentales al menos, sobre la sinceridad, la seriedad, y la operatividad, hasta de los más solemnes acuerdos y de las más rotundas declaraciones. Y si los «grandes» piensan que sus mayores recursos les otorgan siempre un margen de cobertura ante el futuro, el cálculo también puede estar intoxicado de optimismo. A los pequeños, el ilusionismo les resulta más difícil: sobre todo a los cargados de experiencias añejas y recientes. Lo que no les impide —en muchos casos— imitar a los grandes en sus maniobras, quizá porque la olvidada «Katastrophenlehre» sea el único medio disponible para los irresponsables. Lo malo no es que las haya: es que se multiplican y poseen medios de desencadenar, las que luego no se pueden controlar.

II

Encuadremos en las consideraciones generales que preceden los acontecimientos más llamativos de los últimos tiempos, o del presente momento mundial. Así, los acuerdos de París de 27 de enero de 1973 sobre Indochina —más bien sobre Viet-Nam: los otros dos vecinos siguen su curso— y los preliminares y preparativos de las dos Conferencias, la de Seguridad y Cooperación en Europa, y la de Reducción de Fuerzas, a celebrar en Helsinki y Viena. Lo primero que advertimos es que la dualidad de reuniones, responde a una dualidad de enfoques de dos problemas tan ligados entre sí, que el criterio inicial augura desigualdades inconvenientes. A la primera van a asistir —si no surgen imprevistos— si no todos los Estados europeos, casi todos (Albania por ejemplo se ha excluido). Los preparativos de la Agenda u Orden del día son amplios como las discusiones, y si se llega a los acuerdos, como esperamos, prometen ser vagos, o necesitados de medidas complementarias; pero aun descontándolas, como también esa praxis inevitable de interpretaciones unilaterales y de pasividades que se parecen al incumplimiento, la Conferencia —concebida como un primer paso— será útil. Algo se avanzará en la distensión, y algo aparecerá de la idea de que Europa, si ha de serlo de veras, tiene que estar abierta a todos los europeos. El contraste con la llamada Comunidad Económica Europea —y con los demás bloques cerrados, parangonable— no puede ser mayor. Separadamente nos ocupamos del proyecto español de Agenda (tres capítulos iniciales y un apéndice que se refieren al afianzamiento de la seguridad europea incluida la mediterránea, a la cooperación económica y a la protección del medio, y al fomento de las relaciones culturales, de los contactos humanos y de los medios de difusión. Nótese que las ideas españolas, coinciden con la de numerosos países de variada significación, lo que denota su racionalidad y su perspicacia. Destaquemos que España no cree ni quiere que se establezcan (?) la Seguridad y la Cooperación en un área central europea, y se olvide —como si aquella fuera divisible— la situación en la periferia mediterránea. Cierto: el conflicto de Palestina-Suez, ha de poner serios obstáculos para esta seguridad. Pero no puede discutírsela como principal, entre otras cosas porque en el Mediterráneo hay otros problemas análogos que admiten más rápido tratamiento. Los españoles recordamos la inadmisibile pretensión de Marruecos, a unas aguas territoriales de setenta y dos millas, que

dividirían el callejón Estrecho-Mar de Alborán en dos zonas, angosta la española y desmesurada la marroquí—envolviendo plazas e islas españolas— además de dañar a los pacíficos trabajadores del mar españoles. Y pensamos que—además de ocuparse del Mediterráneo en Helsinki— hay que empezar por protegerse a sí mismo, para que los malevolentes y envalentonados vecinos, que confunden conciliación con claudicación, se despierten a tiempo.

La Conferencia de Viena nos gusta menos. Occidente acabó mordiendo el cebo de la vieja teoría soviética de la negociación entre «los dos bloques» —OTAN/Pacto de Varsovia— con lo que los neutrales o no afiliados quedan al margen de deliberaciones que han de afectarles, y que tienen que considerar rebus inter alios actae, sin escapar a sus consecuencias. Es un nuevo golpe —bajo nuevas apariencias— al viejo problema del desarme. Todos, y especialmente los países pequeños, pueden estar contentos de que se avance por el camino de la paz, vía reducción armamentista (sin esperar «desatomizaciones» como en América Hispánica); pero no tan tranquilos de que los grandes no consagren sus intereses hegemónicos, porque les resulte más cómodo avenirse entre sí, y quedan libres para seguir imponiéndose a los demás.

III

Fuera de estas conferencias parece que debe haber otra magna conferencia que afecte a la paz en Extremo Oriente—en el Asia monzónica con epicentro en Viet-Nam— si se cumplen los acuerdos de París del pasado enero. Puede que la haya, y que no descarrile a poco de empezar; o puede que no. Nos gusta poco el tema. Están demasiado presentes, inmediatos precedentes con raíces vivas y negativas. ¿Quién no recuerda la Conferencia de Ginebra de 1954 y sus solemnes acuerdos, con sus derivaciones, como la neutralización de Laos en 1961? Allí también hubo técnica detallista, deseos oficiales de paz, cansancio mutuo, sensación del peligro en prolongar la lucha, creencia en haber logrado la fórmula aceptable, garantías solemnes, etc. Y sin embargo, la guerra de los Treinta y Tres Años (arrancando de la capitulación de Vichy y de la aparición de los nipones en Indochina) duró y se empeoró. Los roces entre aliados —en ambos bandos— fueron rudos; los choques, a medias indirectos, entre los grandes que manipulaban a los pobres indochinos, agudos y peligrosos. La devastación atroz. La descomposición de las retaguardias (al menos en EE. UU.) inquietante. Los exagerados medios y gastos militares inútiles. Florecieron los «programas» de 4, 8 ó 16 puntos —bastante reiterativos— con inacabables discusiones en París. Hasta

que el Tío Sam se cansó y forzó su salida del avispero, a gusto de muchos y a disgusto de algunos de sus aliados, comenzando por Saigón que preveía su ulterior absorción por Hanoi, en plazo impredecible. En su lugar presentamos a nuestros lectores, el texto de esos nuevos acuerdos en los que el «alto el fuego» fue saludado con feroces ofensivas y crudas discrepancias, reservas, amenazas y reproches. No queremos mirar la bola de cristal del futuro, porque su giro, bastante claro, no se limita a Indochina, sino que alcanza a una extensa región; la que quiso cubrir la agonizante SEATO (u OTASE), y es mucha la Humanidad que en ella reside para no pensar que un «volteo estratégico» de su suerte, no provocaría un desequilibrio peligrosísimo para Occidente. Realmente para llegar a París, no merecía la pena arrojar sobre Viet-Nam más tonelaje en bombas que en la II Gran Guerra, después de haber inaplicado los acuerdos de 1954 y de haber eliminado a ciertas figuras como Ngo Dinh Diem.

Se dice que cuando los EE. UU. queden libres de Viet-Nam, el mago Kissinger aplicará sus dotes al Próximo Oriente. Ojalá que tuviera esas dotes y que surtieran efectos pacificadores. Pero Kissinger, es un ashkenazí que reflejará el criterio de su país de adopción, donde los seis millones de sus hermanos raciales, imponen una decisión que no parece que pase por el fiel de la balanza. Si añadimos que la otra parte ni se rinde ni lucha regularmente (el terrorismo o el «golpismo» no son medios), el problema resulta poco soluble con los recursos normales del sentido lógico. Y, sin embargo, por miles de razones, desde las de Humanidad y Justicia hasta las de precaución ante el enconamiento de un foco infeccioso, es urgente. El derribo del avión libio en el Sinaí es un síntoma.

IV

En conjunto el mundo hierve. Su mayor parte, el Tercer Mundo, sea el viejo (Iberoamérica) o el nuevo (Afroasia) a su manera ruidosa: golpes, medidas expeditivas contra el forastero o el vecino —ya se van cansando de llamarlas «descolonización»— programas inaplicables, peticiones sin tope, miseria y especulación, fe volcánica en las soluciones fulminantes o caídas como maná, etc. Con gran ruido en los escenarios internacionales, donde dominan los golpes de escándalo: porque no creemos que los «avanzados» ni en Kariba, ni en Cabora Bassa puedan hacer más de lo que hacen en Nueva York. Ni que las contramedidas de los países moderados pasen del plan defensivo, bastante inconexo, en que los coloca la insolidaridad occidental y el egoísmo

de los grandes. Lo triste es que la crisis haya alcanzado, sin justificaciones de fondo visibles a países como Argentina, Chile y Uruguay, sanos en su base. También el mundo socialista tiene sus crisis, grandes y públicas —como la que va del Tián Shan al Ussuri— o pequeñas y silenciosas. Occidente las conoce mal y no las explota. El Occidente, personificado por los «ricos de la Tierra» —el lenguaje es de José Martí, y no de ningún marxista— vive aprovechando su herencia del pasado pletórico y prepotente; y contrarresta como puede sus tensiones y crisis interiores. En la Europa industrial aún son relativamente reducidas, o al menos insuficientes para derrumbar al establishmen. En lo exterior sin excesivas armonías, tampoco registra rupturas ruidosas. Más aún: la CEE marcha, para bien de sus adelantados, y maltrato de sus marginados (España en cabeza). Aunque los EE. UU. quieren frenarla y le lanzan el «broken dollar». Como marcha la distensión interalemana, porque la teoría de aprovechar la mala realidad en lugar de insistir en la buena utopía, da dividendos a Brandt. En cambio, la OTAN se retrasa en sus efectos respecto de los conocidos de su antagónica, la ADE (Pacto de Varsovia). Acaso el Japón, sin desterrar alguna razonable y modesta utopía —la restitución de las Kuriles por ejemplo— aprovecha ya el camino de poner sus grandes recursos al servicio del mejor uso de las malas realidades que le rodean. No faltan imitadores —alguno lejano— pero no parecen conocer el secreto del saber hacer oriental, en la lucha contra los desiguales y tradicionales obstáculos exteriores. Los que son inimitables (e improducibles) son los países «raros» del mosaico mundial, como Suiza. No se olvide: Suiza y no Líbano.

No hay que releer el informe del Club de Roma, ni la abundante literatura futurista y por lo común pesimista. Basta con seguir los hechos para comprender que la Humanidad vive tiempos crecientemente densos. Por eso son más meritorios sus esfuerzos para superarlos; resolver —si se puede— los problemas más apremiantes, y administrar a las masas las drogas para que su pesimismo continuo no llegue a la depresión explosiva. Nosotros no llenaremos nuestro comentario de perspectivas rosas ilusionistas que extraviarían al lector. Tampoco vamos a rechazar el otorgamiento razonable de un margen a la esperanza, mientras se lucha activamente por la cooperación, por el entendimiento y por la paz. El paraíso terrenal y la Goldenzeit no llegarán. La catástrofe universal tampoco tiene por qué llegar, como fatalidad internacional de la época. Ya es bastante, si sabemos aprender las lecciones de cada día.

J. M. C. T.

ESTUDIOS

